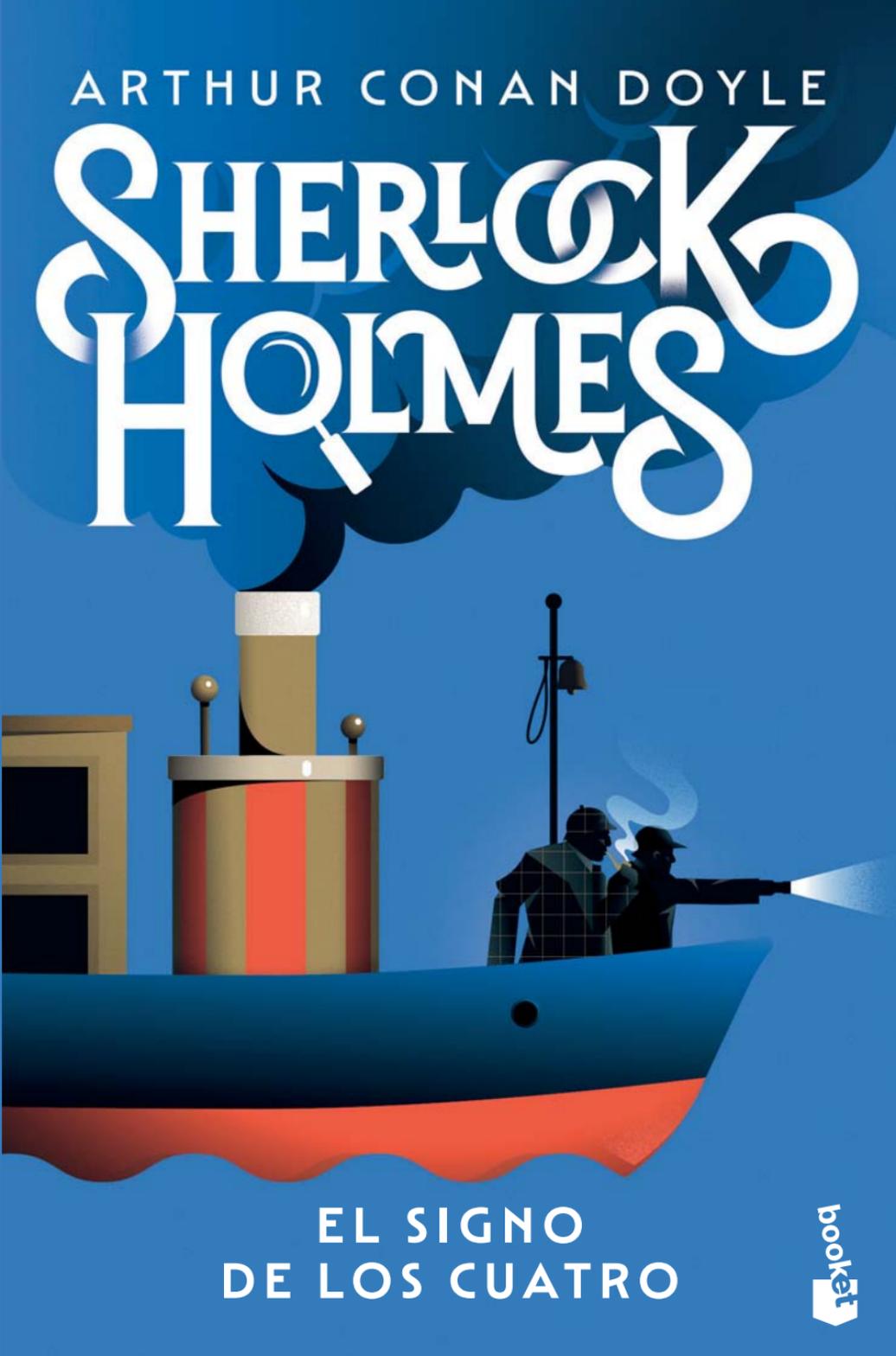


ARTHUR CONAN DOYLE

SHERLOCK HOLMES

A stylized illustration of a steamship. The ship has a blue hull and a red and white striped funnel. A searchlight is mounted on the deck, and two figures are visible on the ship. The background is a solid blue color.

EL SIGNO
DE LOS CUATRO

booket

Arthur Conan Doyle

El signo de los cuatro

Traducción de Sara Morales Loren



No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *The Sign of the Four*

© por la traducción, Sara Morales Loren
Traducción cedida por EDIMAT LIBROS S.A.
© Editorial Planeta, S. A., 2022
Avinguda Diagonal, 662, 6.ª planta. 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Diseño de la colección: Booket / Área Editorial Grupo Planeta
Ilustración de la cubierta: © Birgit Palma
Primera edición en Colección Booket: marzo de 2022

Depósito legal: B. 2.519-2022
ISBN: 978-84-08-25510-9
Composición: Realización Planeta
Impresión y encuadernación: Liberdúplex, S. L.
Printed in Spain - Impreso en España

Índice

| | |
|--|-----|
| 1. La deducción como ciencia | 7 |
| 2. El relato del misterio | 20 |
| 3. En busca de una solución | 28 |
| 4. El relato del hombre sin pelo | 35 |
| 5. Tragedia en Pondicherry Lodge | 49 |
| 6. Holmes da un recital | 59 |
| 7. El episodio del barril | 71 |
| 8. El equipo de detectives no oficiales de Baker Street | 87 |
| 9. Se rompe la cadena | 100 |
| 10. El fin del isleño | 114 |
| 11. El magnífico tesoro de Agra | 126 |
| 12. El sorprendente relato de Jonathan Small . . . | 134 |

La deducción como ciencia

Sherlock Holmes cogió de la esquina de la repisa de la chimenea la ampolla y extrajo de su fino estuche de tafilete la jeringuilla hipodérmica. Sus largos e inquietos dedos blancos ajustaron con delicadeza la aguja y remangaron la manga izquierda de su camisa. Durante un instante sus ojos contemplaron el fibroso antebrazo y la muñeca, marcados con las señales de innumerables pinchazos. Por fin, dirigió la aguja a su destino, empujó el diminuto émbolo y, exhalando un suspiro de satisfacción, se hundió en el sillón tapizado de terciopelo.

Llevaba muchos meses contemplando esta escena tres veces al día, pero la costumbre no había hecho que mi mente se habituase a ella. Más bien al contrario, su visión me irritaba más cada día y mi conciencia me reprochaba todas las noches la cobardía que me impedía oponerme a ella. Una y mil veces me había jurado a mí mismo protestar contra esta costumbre de Holmes, pero algo en el seguro y despreocupado talante de mi

compañero me lo impedía. Era de la clase de personas con las que es difícil tomarse según qué confianzas. Su gran inteligencia y maestría y sus demás sorprendentes cualidades, de las cuales había tenido conocimiento a lo largo de nuestras aventuras juntos, lastraban mi confianza en mí mismo y me acobardaban de tal manera que no era capaz de enfrentarme a él.

Y sin embargo, durante aquella sobremesa, tal vez debido al Beaune que había tomado en la comida o a la exasperación producida por su descarada forma de actuar, sentí de repente que ya no podía soportarlo más:

—¿Qué toca hoy? —pregunté—. ¿Morfina o cocaína?

Levantó la vista con languidez del viejo volumen de letras góticas que había abierto.

—Es cocaína —respondió—, una solución al siete por ciento. ¿Le gustaría probarla?

—Desde luego que no —respondí bruscamente—. Todavía no me he recuperado de la campaña afgana. No puedo permitirme el lujo de cometer excesos.

Mi vehemencia le hizo sonreír.

—Puede que tenga razón, Watson. Seguramente su efecto en el organismo no es bueno. Por otra parte, su efecto en la mente me parece tan profundamente estimulante y clarificador, que cualquier posible efecto secundario me resulta irrelevante.

—¡Piense! —dije con vehemencia—. Tenga en cuenta el precio. Es posible que, como usted dice, su cerebro se exalte y se excite. Pero es gracias a un proceso mórbido y patológico que causa un progresivo deterioro de los tejidos cerebrales y puede llegar a dañarlos de manera permanente. Usted conoce bien el túnel negro que sigue a la exaltación. No creo que la pieza a

cobrar merezca el riesgo que usted corre. ¿Por qué, por un momento de placer pasajero, se arriesga a perder la inteligencia que le ha sido concedida? Recuerde que no hablo solo como amigo suyo que soy, sino también como médico que se siente hasta cierto punto responsable de lo que le suceda.

Mis palabras no parecieron ofenderle. Al contrario. Juntó las yemas de los dedos y dejó reposar los codos sobre los brazos del sofá, con el aspecto de alguien deseoso de entablar conversación.

—Mi mente se rebela ante la idea de estancarse —dijo—. Deme problemas, deme trabajo, deme el más oscuro criptograma o el más enrevesado acertijo y me encontraré en mi elemento sin necesidad de recurrir a estimulantes artificiales. Pero detesto la rutina de la mera existencia. Necesito ejercitar mi mente. Por este motivo elegí mi profesión. O mejor dicho, la creé, ya que soy su único representante en todo el mundo.

—¿El único detective privado? —dije arqueando las cejas.

—El único detective privado a quien recurrir cuando todo está perdido. Soy como el más alto tribunal de apelación en el campo detectivesco. Cada vez que Gregson, Lestrade o Athelney Jones quedan sobrepasados por lo que se traen entre manos (que, dicho sea de paso, es lo habitual), el asunto llega hasta mí. Examinó los datos y, como especialista, doy mi diagnóstico. No reclamo ningún honor para mí en dichas ocasiones. Mi nombre no aparece en ningún periódico. El trabajo en sí, el simple placer de ejercitar mi capacidad, es mi más alta recompensa. Pero usted ya fue testigo de mi método de trabajo en el caso de Jefferson Hope.

—Naturalmente —asentí cordialmente—. Nada en

mi vida me ha sorprendido tanto. Incluso describí los acontecimientos en un breve relato al que di el fantástico título de *Estudio en escarlata*.

Holmes agitó con desánimo su cabeza.

—Le eché un vistazo —respondió—. Con franqueza, no puedo felicitarle por ello. La deducción es, o debería ser, una ciencia exacta. Y de tal modo debe ser tratada: con objetividad y distanciamiento. Usted intentó teñirla con toques de romanticismo. Y eso es lo mismo que pretender entretejer una historia de amor o el relato de la fuga de dos amantes con el quinto postulado de Euclides.

—Pero el romance sucedió —protesté—. No podía modificar los hechos.

—Algunos hechos deberían suprimirse. O, por lo menos, recibir un tratamiento acorde con su relevancia. Lo único que merecía la pena destacar de aquel caso era el curioso método de deducción, de los efectos a las causas, gracias al que conseguí desenmarañarlo.

Me molestó su crítica hacia un trabajo mío que había sido compuesto con el objetivo de halagarle. Y confieso que también me irritó el egoísmo que demostró al pretender que todas y cada una de las líneas de mi escrito estuviesen dedicadas a sus habilidades. A lo largo de los años que llevaba viviendo con él en Baker Street, ya había observado en alguna ocasión que bajo sus tranquilos modales de preceptor, escondía una pequeña vanidad. Sin embargo, no hice más comentarios y me senté masajando mi pierna herida. Una bala de jezail¹ la había atravesado tiempo atrás y, aunque podía

1. El jezail, llamado *jezzail* en idioma pastún, es un arma larga

andar sin dificultad, los cambios meteorológicos hacían que me doliera cansinamente.

—Mi fama ha llegado hasta el continente en los últimos tiempos —dijo Holmes tras una pausa, mientras llenaba su vieja pipa de raíz de madera de brezo—. La semana pasada François le Villard, quien, como usted seguramente sabe, ha destacado recientemente en los servicios de investigación franceses, se puso en contacto conmigo para hacerme una consulta. Posee la habilidad celta de la intuición rápida, pero carece todavía de un amplio espectro de conocimientos precisos, lo que es esencial para alcanzar un estadio avanzado en su disciplina. El caso estaba relacionado con un testamento y tenía algunas características que lo hacían interesante. Pude referirle otros dos casos paralelos, uno que tuvo lugar en Riga en 1857 y otro que sucedió en St. Louis en 1871, los cuales le inspiraron la solución correcta. Esta es la carta que he recibido de él esta mañana en la que agradece mi colaboración.

Mientras hablaba, me alargó una hoja arrugada de papel de notas extranjero. La ojeé apreciando la profusión de símbolos de admiración y los aislados *magnifiques, coup de maîtres* y *tour de forces*,² que eran testimonio de la ardiente admiración que el francés profesaba a Holmes.

—Habla como lo haría un alumno a su maestro —comenté.

—Oh, valora mi ayuda excesivamente —dijo Holmes despreocupadamente—. Tiene muy buenas cuali-

utilizada en la India británica, el Asia Central y en partes del Oriente Medio. (N. de la E.)

2. Magníficos, acciones magistrales y proezas. (N. de la E.)

dades. De hecho, posee dos de las tres cualidades más relevantes que ha de tener el detective ideal. Tiene una gran capacidad para la observación y para la deducción. Tan solo carece de experiencia y eso es cuestión de tiempo. Está traduciendo mis obras al francés.

—¿Sus obras?

—¿No lo sabía? —exclamó riéndose—. Sí, me confieso culpable de haber escrito varias monografías. Todas versan sobre cuestiones técnicas. Por ejemplo, una de ellas se titula *Acerca de la identificación de los distintos tipos de tabaco a partir de sus cenizas*. En ella enumero unos ciento cuarenta tipos distintos de tabaco, bien sean cigarrillos, puros o tabaco para pipa, acompañado cada uno de ellos de láminas en color que ilustran las diferencias entre las distintas cenizas. Este aspecto sale continuamente a relucir en los juicios penales y muchas veces proporciona pistas extraordinarias. Si, por ejemplo, podemos afirmar que un asesinato ha sido cometido por alguien que fuma *lunkah*³ indio, restringimos extraordinariamente el campo de búsqueda. A los ojos de un experto, la diferencia entre la ceniza negra del tabaco Trichinopoly y los esponjosos restos que deja la variedad *bird's-eye* es tan obvia como la que hay entre una col y una patata.

—Es usted de una minuciosidad sorprendente —apunté.

—Soy capaz de reconocer la importancia de los pequeños detalles. Aquí tengo mi monografía sobre el rastreo de huellas, en la que hago alguna referencia al

3. Cigarro fuerte, similar a un puro, hecho de tabaco de las regiones indias de Godavari delta, conocidas localmente como *lanka* (Hobson-Jobson, 1886). (*N. de la E.*)

método que utilizan en París para conservar las impresiones en escayola. También tengo aquí un pequeño escrito sobre la influencia que tienen los oficios en la forma de las manos de quienes los ejercen, acompañado de moldes de las manos de pizarreros, marineros, corcheros, compositores, tejedores y talladores de diamantes. Es este un tema de gran importancia práctica para la policía científica. Especialmente en casos relacionados con un cadáver que nadie reclama o para descubrir el pasado de un criminal. Pero le estoy aburriendo con mis aficiones.

—Nada de eso —respondí de corazón—. Lo encuentro sumamente interesante. Sobre todo teniendo en cuenta que he tenido la oportunidad de verle llevar sus conocimientos a la práctica. Pero habla usted de observación y deducción. Sin duda, la una implica hasta cierto punto a la otra.

—Más bien no —respondió mientras se recostaba cómodamente en su sillón y su pipa lanzaba al aire espesas volutas de humo—. Por ejemplo, mi capacidad de observación me dice que esta mañana usted ha estado en la oficina de correos de Wigmore Street. Y mediante deducción infiero que lo que ha hecho allí es enviar un telegrama.

—¡Correcto! —dije—. ¡Ambas afirmaciones son correctas! Pero le confieso que no veo cómo ha podido saberlo. Lo decidí de repente y no se lo he mencionado a nadie.

—Es de lo más sencillo —apuntó riéndose ante mi asombro—. Tan absurdamente sencillo que cualquier explicación resulta superflua. Pero, a pesar de ello, podría resultar de utilidad para establecer los límites entre observación y deducción. Gracias a mi capacidad de ob-

servación, sé que tiene adherido a la parte interna de sus zapatos un poco de barro rojizo. Justo enfrente de la oficina de correos de Wigmore Street han levantado la acera y han excavado en la tierra de tal manera que es casi imposible evitar pisarla al entrar. La tierra en ese lugar tiene ese peculiar color rojizo que, por lo que yo sé, no es posible encontrar en ningún otro punto de este barrio. Hasta ahí lo que concierne a la observación. El resto es obra de la capacidad deductiva.

—¿Cómo llegó a deducir que había enviado un telegrama?

—Bueno, sabía perfectamente que no había escrito ninguna carta, ya que he estado sentado delante de usted toda la mañana. Su escritorio está abierto y puedo ver también una hoja de sellos y un buen fajo de tarjetas postales sobre él. ¿Qué otro motivo podría haberle llevado hasta la oficina de correos sino enviar un telegrama? Elimine todas las demás posibilidades y lo que quede deberá ser necesariamente la verdad.

—En este caso es así sin duda —respondí después de meditar unos instantes—. Se trataba, sin embargo, como usted mismo dijo, de un problema muy sencillo. ¿Me tendría por un impertinente si pusiese sus teorías a prueba con un problema más complejo?

—Al contrario —respondió Holmes—, con ello evitaría tomar una segunda dosis de cocaína. Estaré encantado de enfrentarme a cualquier problema que desee plantearme.

—Le he oído decir que es difícil no dejar en los objetos que utilizamos diariamente una impronta que cualquier observador experimentado puede leer. Pues bien, tengo aquí un reloj que ha llegado recientemente

a mi poder. ¿Sería usted tan amable de darme su opinión acerca del carácter o costumbres de su anterior propietario?

Le di el reloj mientras sentía un secreto regocijo en mi corazón, ya que, en mi opinión, el problema era imposible de resolver. Mi intención con ello era darle una lección debido al tono dogmático que a veces utilizaba. Balanceó el reloj en su mano, observó la esfera detenidamente y abrió la tapa trasera para examinar los engranajes. Primero lo hizo a simple vista y, a continuación, utilizó una potente lente de aumento. Casi no podía reprimir mi sonrisa al contemplar la alicaída expresión de su rostro cuando, por fin, cerró de golpe la tapa del reloj y me lo devolvió.

—Apenas proporciona información —comentó—. Este reloj ha sido limpiado recientemente y eso elimina la mayoría de los datos de relevancia.

—Tiene usted razón —respondí—. Lo limpiaron antes de enviármelo.

En mi fuero interno le acusé de buscar una pobre excusa con la que justificar su fracaso. ¿Qué información podría esperarse de un reloj que no hubiese sido limpiado?

—A pesar de no ser satisfactoria, mi inspección no ha sido totalmente estéril —puntualizó mirando al techo con ojos soñadores y carentes de brillo alguno—. Pendiente de que usted me corrija, diría que el reloj perteneció a su hermano mayor, quien lo heredó de su padre.

—Cosa que sin duda deduce por las iniciales H. W. grabadas en el dorso.

—Efectivamente. La W. sugiere su propio apellido. Ese reloj se fabricó hará unos cincuenta años. Y

las iniciales datan también de entonces: por tanto, se hizo para alguien de una generación anterior. Es el hijo mayor el que suele heredar las piezas de joyería y suele, además, llamarse igual que el padre. Si no recuerdo mal, su padre murió hace muchos años. Por tanto, el reloj tuvo que estar en manos de su hermano mayor.

—Hasta aquí, todo es correcto —dije—. ¿Algo más?

—Era un hombre muy desaliñado. Muy desaliñado y muy descuidado. Heredó un buen capital, pero desperdició sus oportunidades; conoció la pobreza durante algún tiempo y tuvo breves intervalos de prosperidad. Finalmente, cayó en la bebida y falleció. Esto es todo lo que puedo averiguar.

Salté de mi silla y cojeé impacientemente por la habitación con el corazón rebosante de amargura.

—Esto no es propio de usted, Holmes —dije—. Jamás le creí capaz de caer tan bajo. Ha hecho averiguaciones acerca de mi desdichado hermano y ahora finge, de un modo extravagante, haberlo deducido. ¡No espere que me crea que todo esto lo ha sabido al mirar su viejo reloj! Es muy desconsiderado y, hablando claro, resulta propio de charlatanes.

—¡Mi querido doctor! —dijo Holmes afectuosamente—. Le ruego acepte mis disculpas. Al plantearme el problema como algo abstracto, he olvidado lo doloroso e íntimo que podría ser para usted. Le aseguro que jamás supe que usted tenía un hermano mayor hasta que me dejó ese reloj.

—¿Cómo, en nombre de lo más sagrado, supo entonces todo lo que dijo? Todos los detalles que mencionó son correctos.

—Ah, he tenido suerte. Me limité a mencionar los

hechos de mayor probabilidad. No esperaba que todos fuesen totalmente correctos.

—¿No se trataba entonces de meras suposiciones?

—No, no. Jamás hago suposiciones. Ese es un hábito muy desafortunado y que destruye la facultad lógica. Algunas cosas le resultan peculiares porque no está siguiendo mi cadena de pensamientos o porque no presta atención a los pequeños detalles, de los cuales se pueden extraer importantes consecuencias. Por ejemplo, afirmé al principio que su hermano era un hombre muy descuidado. Si observa la parte inferior del reloj verá que no solo tiene dos abolladuras, sino que está lleno de arañazos y rasguños debido a la costumbre de llevarlo en el mismo bolsillo en el que se guardan otros objetos como, por ejemplo, llaves y monedas. No es muy descabellado llegar a la conclusión de que un hombre que hace algo así con un reloj de cincuenta guineas es bastante descuidado. Y tampoco es una locura deducir que un hombre que ha heredado un objeto de tanto valor habrá heredado también otros bienes similares.

Asentí para mostrar que seguía su razonamiento.

—Entre los prestamistas de Inglaterra está muy extendida la costumbre de utilizar una punta afilada para grabar, en el interior de la caja de los relojes que aceptan como empeño, el número correspondiente al recibo que extienden. Resulta mucho más cómodo que ponerle una etiqueta al reloj, ya que así no hay riesgo de que esta se pierda o acabe en una pieza distinta. Con mi lupa he visto dentro de la caja de ese reloj no menos de cuatro números de las características mencionadas. Conclusión: su hermano estaba con frecuencia con el agua al cuello. Segunda conclusión:

tuvo ocasionales periodos de prosperidad o no podría haber recuperado la pieza empeñada. En último lugar, le ruego que mire en el interior, donde está el orificio para darle cuerda. Mire los miles de arañazos que lo rodean. Todos ellos indican los lugares sobre los que patinó la llave. ¿Qué hombre sobrio habría podido rayar tanto el reloj al darle cuerda? En cambio, jamás verá un reloj de un borracho que carezca de tales marcas; le da cuerda por la noche y deja las huellas de su pulso inestable. ¿Dónde queda el misterio en todo esto?

—Resulta claro como el agua —respondí—. Lamento haber sido tan injusto con usted. Debería haber tenido más fe en sus sorprendentes habilidades. ¿Puedo preguntarle si se trae algún caso entre manos en la actualidad?

—Ninguno. De ahí que recurra a la cocaína. No puedo vivir si no tengo en qué ocupar mi cerebro. ¿De qué sirve si no la vida? Venga a la ventana. ¿Vio jamás un mundo más deprimente, sombrío y desaprovechado? Mire cómo la niebla amarilla se arremolina a lo largo de la calle y se extiende por entre las ocres casas. ¿Qué podría ser más desesperadamente prosaico y vulgar? ¿De qué sirve tener unas habilidades, doctor, si se carece del objeto al cual aplicarlas? El crimen es algo corriente, la existencia es algo corriente, y nada que no sea corriente tiene lugar alguno en la tierra.

Había abierto la boca para responder a su diatriba cuando, precedida por un sonoro golpe en la puerta, apareció nuestra casera portando una tarjeta sobre una bandeja de latón.

—Una señorita desea verle, señor —dijo dirigiéndose a mi compañero.

—«Señorita Mary Morstan» —leyó Holmes—.
¡Hum!, no lo había oído antes. Dígale a esa señorita
que pase, señora Hudson. No se vaya, doctor. Preferiría
que se quedase.